

rado, le compara á cierto joven poeta inglés, cuyo nombre no recuerdo en este momento: únicamente sé que ha escrito poemas fantásticos que hoy gustan mucho y les ha prometido presentar á su amigo cuando pasara por Chambery de regreso de Suiza: Alfonso se encontraba entonces en aquel país solo, y habitaba en la cabaña de un pescador á la orilla de un lago.

He aquí cómo ocurrió el caso, que viene á ser por cierto algo novelesco.

La fama adquirida por Alfonso, gracias á las exageraciones de su amigo, hizo que hubiera de presentarse en Bissy, quinta del recreo del coronel de Maistre en Chambery.

Tenían todos grandes deseos de conocer al hermano de Cesarina, y creían que su aspecto había de ser elegante, como sus composiciones poéticas, y simpático como su hermana. No pudo ocultar la joven inglesa su pasión por las poesías del joven francés, y su madre, que hace siempre lo que su hija quiere, sonrió sin disgusto á esta inclinación. Alfonso ha sido por unas semanas el favorito de la casa; y aprovechando esta circunstancia, hizo hablar á Cesarina con Mme. de la Pierre, para que esta señora lo hiciera á su vez con la madre de la joven inglesa. Pero la gran dificultad que me tiene intranquila ha de venir de nuestra parte, sobre todo de mis cuñadas de aquí; porque la joven de que se trata es protestante. Sin embargo, Cesarina (que tiene también muchas ganas de casar á su hermano) me asegura que la amiga de las señoritas de Pierre, se ha aficionado á la religión católica, diciendo que ya hubiera abjurado del protestantismo

si no hubiese temido disgustar á su madre. Si ella ha prometido sinceramente á Cesarina entrar en nuestra religión, y educar sus hijos en nuestra fe, creo que habrán terminado con esto los obstáculos.

¡Qué disgustos me cuesta el ir venciendo las dificultades que se oponen al bienestar de la familia y sobre todo á la tranquilidad de mis hijos!

¿Y qué puede haber más antipático á los ojos de los tíos y tías de Alfonso, tan severamente razonadores, que este casamiento tan novelesco con una extranjera? Apenas me atrevo á hablar á mi marido y á sus hermanos, y de no ser así, no puede llevarse adelante el matrimonio. Toda la fortuna de la familia está en sus manos; Alfonso no tiene más que la corta pensión que le asignó su padre, y unos cincuenta mil francos sobre la propiedad de Saint-Point, cuando faltemos nosotros. Todas las heredas de mi padre político son de mis cuñados y cuñadas; si ellos no lo aseguran en el contrato, ¿cómo presentar así un joven sin carrera y sin fortuna á una familia más rica que nosotros? El amor lo compensa é iguala todo para los jóvenes, pero ellos no son los que cierran los contratos.

Estoy tan preocupada que no puedo conciliar el sueño.

CVIII

9 de Noviembre de 1819.

Todo ha terminado. Alfonso está de vuelta. La madre de la joven inglesa se ha llevado su hija á Turín para alejarla de él, pero tengo la seguridad de que ellos se escriben de cuando en cuando. Estoy muy triste. Mi marido, disgustado por nuestra

pena, por la pérdida de las cosechas, y por las deudas de su hijo que es preciso pagar antes de que se case, para que la familia á quien se una no resulte engañada; mi marido, digo, desea vender la casa de Maçon y retirarse al campo; quiere vivir completamente aislado de las gentes. Si lo hace así, ¿cómo voy á colocar las dos hijas solteras que me quedan? ¿Quién vendrá por ellas en el fondo de una pobre aldea? Semejante conversación con mi esposo y el temor de que venda la casa, me ha hecho derramar muchas lágrimas esta noche. Mis dos hijas pequeñas me han visto llorar, y en seguida han corrido ambas á encerrarse sin ruido en el gabinete de las Musas; junto á mi alcoba (en este gabinete están esculpidas en la madera de los arrimaderos, las nueve Musas). Al entrar yo en el referido gabinete, he sorprendido á las dos arrodilladas, rogando y llorando ante Dios para que me consuele. ¡Qué dichosa me he considerado al ver la ternura y la sensibilidad de mis piadosas hijas! Pero ¡ay! ello no hace sino disgustarme más al ver que no puedo ocuparme como debo del porvenir á que son acreedoras, por las virtudes que atesora su corazón.

CIX

25 de Diciembre de 1819.

Esta mañana ha marchado Alfonso: he notado que estaba muy triste. El señor barón de Mounier, que le aprecia mucho, le ha escrito que vaya inmediatamente á París, porque tiene alguna esperanza de hacerle entrar por fin en la diplomacia. Ha sido cambiado el ministerio, y el nuevo ministro de Re-

laciones Exteriores, M. Pasquier, M. Mounier y M. de Rayneval, que han formado un buen concepto de mi hijo, tienen mucha confianza y creen poder hacer que sea nombrado secretario de embajada. En este caso él sería libre de casarse con la persona que ama, porque tendría su carrera en lugar de la fortuna presente. ¡Pobre hijo mío! ¿Se defraudarán otra vez nuestra esperanza y tus ilusiones?

CX

6 de Enero de 1820.

Alfonso me ha escrito diciéndome que ha sido muy bien recibido por las personas que aprecian sus talentos, según expresión de Mme. de Vair, mi hermana, y entre las cuales goza, según la misma, gran favor. Mi hijo, sin duda por modestia, nada me dice de esto, pero yo he sabido que le colman de atenciones gran número de personas cuyas madres he conocido durante mi juventud, la princesa de Talmont, la princesa de Tremouille, Mme. de Raigecourt, la amiga de Mme. Elisabeth, Mme. de Saint-Aulaire, la duquesa de Broglie, hija de madame Staél, Mme. de Montcalm, hermana del duque de Richelieu, Mme. de Dolomieu á quien conocí mucho en casa de la duquesa de Orleans; luego muchísimos hombres eminentes que se apresuraron á ofrecer su amistad al ayer aun obscuro joven: el duque de Rohán, el virtuoso M. de Montmorency, M. Molé, M. Lainé, de quien se dice ser un gran orador, M. Villemain, discípulo de M. de Fontanes, que conoció en casa de M. Decazes, el favorito del rey, y otros más que no recuerdo. Puede decirse que es ya conocido de todo el mundo; empieza á

sentirse una especie de rumor sordo precursor de la gloria. ¡Qué satisfacción para una madre ver á su hijo en el pináculo de la fama!... Estoy satisfecha de la inesperada acogida de que ha sido objeto mi hijo, pero pido á Dios antes que la gloria y los honores, que sea un hombre digno, y buen cristiano, como lo es su padre. Todo lo demás, ya lo he dicho otras veces, no es más que vanidad.

CXI

Hay aquí una interrupción: el manuscrito no continua. Aquella pobre madre ha hecho un viaje á París. He aquí la causa. Habíanla escrito de allá, que su hijo estaba enfermo de una afección de pecho; púsose en camino la noche del 12 de febrero en compañía de su hija Susana, joven de dieciséis años, más parecida por su belleza á un ángel que á una criatura humana. En sus notas de viaje se observa ligeramente que en Chalón sur-Saona tuvo el disgusto de encontrarse con una mascarada grotesca, en la cual todos los objetos de su devoción, esto es, la piedad, la religión, la monarquía y el pudor, estaban groseramente ridiculizados; su alma se contrajo dolorosamente bajo este que le pareció un funesto augurio, presintiendo alguna catástrofe; al pasar por Auxerre, una voz salida del fondo de un coche público, gritaba con voz de trueno: *El duque de Berry ha sido asesinado*. Aquella buena madre llegó á París tristemente emocionada pero sin ver cumplidos los fatales augurios. Su hijo había entrado en el primer período de convalecencia y había sido asistido cuidadosamente por sus amigos, los

cuales se hallaban á su lado en la pequeña bohardilla que le servía de habitación. Su alegría fué inmensa y pronto olvidó las malas impresiones recibidas durante el viaje, al saber que las primeras poesías de su hijo debían aparecer luego impresas en un pequeño volumen. Esas poesías le habían conquistado en poquisimo tiempo las simpatías generales y un buen nombre. M. de Tayllerand mismo, este juez desdeñoso é infalible, acababa de dar la señal de admiración. La dichosa madre recibió una carta al día siguiente de la publicación del tomo de su hijo. El diplomático decía á la princesa*** que le había proporcionado el volumen: «He pasado la mayor parte de la noche levendo. Mi insomnio es una sentencia. No soy profeta, no puedo deciros cual será el efecto que produzca en el público, pero el público mío, que lo componen mis impresiones, y que se oculta bajo mis blancos cabellos, oigo que dice: *Aquí hay un genio*. Ya tendremos ocasión de hablar más despacio.»

No es esto todo; los amigos de su hijo, confirmando en la benevolencia del aplauso público, hombres y mujeres, aprovecharon este momento de calor para abrumar á solicitudes al ministro de Negocios extranjeros. M. Pasquier, literato también al mismo tiempo, nombró inmediatamente al joven poeta secretario de la embajada de Nápoles. M. Simeón, ministro del Interior ó Instrucción pública, le remitió de parte del rey Luis XVIII una colección de los clásicos latinos de *Lemaire* con el lisonjero testimonio de la satisfacción de S. M., quien le concedía espontáneamente una pensión literaria, con cargo al presupuesto del fomento de la literatu-

ra; cuya pensión venía destinada á suplir en parte el pequeño sueldo que disfrutaba en la diplomacia.

La vida, la fortuna, la ambición, la gloria, y, sobre todo, el favor general, estallaron al mismo tiempo sobre aquella existencia por tanto tiempo retraída y desesperanzada. El corazón de la madre se inundó de alegría. La celebridad de su hijo, la admiración que causó en París la extraordinaria belleza de Susana, su hija idolatrada: las presentes alegrías, las halagüeñas esperanzas del porvenir y sobre todo la esperanza de que su hijo podía más adelante enlazarse con la joven inglesa, de tal manera excitaron la mano temblorosa de la madre, que durante tres meses, se observa en las páginas del *diario* un embriagador entusiasmo.

Estas páginas son demasiado íntimas; permita el lector que sobre ellas guarde secreto. Existe una, sin embargo, que debo hacerla pública por la extraña coincidencia profética de sus leyes, y de los sentimientos entre el destino de la madre y el de hijo.

La noche del día de Pascua de 1820, escribe ella, se sintió como ahogada por su propia dicha y por la de sus hijos, y tuvo necesidad de ir á la caída de la tarde, á reponer su corazón demasiado lleno de gracia y de lágrimas, á la iglesia de San Roque, donde ella iba á orar frecuentemente en los primeros años de su juventud. Entra en el templo acompañada de su hija Susana, y se arrodilla al lado de uno de los pilares de la iglesia para dar gracias á Dios por los inmensos favores que acaba de recibir. Aquellas oraciones, ó mejor dicho, aquel himno que dejó escrito, surge de su *diario* envuelto en las últi-

mas lágrimas de júbilo y de piedad que derramó sin duda en medio de aquel éxtasis de concentración ante Dios. ¡Todos los hijos deberían poder leer líneas parecidas, para que observaran como depende de ellos, casi siempre, ni amargar con desdichas ó llenar de felicidades, los corazones de sus madres.

.....

CXII

De nuevo vuelve mi madre á abrir su *diario* interrumpido por algunas semanas transcurridas entre viajes y ocurrencias de géneros diversos.

Macon 3 de julio de 1820.

Desde el día 31 de mayo han sido tales mis ocupaciones, que no me ha sido posible consignar en este *diario*, un hecho altamente interesante y que es de los más importantes de mi vida.

El casamiento de mi hijo Alfonso ha tenido lugar el 6 de junio en la iglesia propiedad del gobernador de Chambery. Mi hija política pasó en el retiro más completo los días que precedieron al de la boda. La ceremonia tuvo lugar á las ocho de la mañana, habiendo asistido á ella el gobernador y su esposa, el ayudante de campo del gobernador, la marquesa de Pierre y sus cuatro hijas, el señor conde de Maistre, M. de Vignet y Mlle. Olimpia, su hermana, y monseñor el obispo de Annecy: celebró la misa y consagró el matrimonio el abate de Etioles. Mi nueva hija vestía con toda la seriedad y elegancia imaginables; llevaba un magnífico vestido de muselina bordada y un riquísimo velo de encaje que la cubría casi por completo; imposible imaginar otra

presencia tan llena de dignidad, de gracia y de modestia. ¡Qué modales tan elegantes y tan llenos de naturalidad!... Yo estaba afectadísima y no me es posible referir todo lo que pasó por mí al ver llegado para mi hijo el momento más solemne é importante de su existencia; he rogado á Dios con mucho ardor, pero debo reprocharme como me reprocho todavía, el no haber rogado lo bastante; ¿cómo puede una madre dar gracias suficientes por las alegrías de su corazón, cuando llega á tocar para su hijo el colmo de cuanto podía desear? La misión de las madres sobre la tierra termina con el día en que ven asegurada la dicha de aquellos que son sangre de su sangre.

Espero rezar al pie de estos mismos altares, por iguales ceremonias, alguna vez más, porque hoy me han hablado de un buen partido para mi hermosa Susana; ¡dichoso, dichoso aquel á quien Dios tenga destinado la posesión de semejante ángel!

Alfonso, su esposa y su madre política, han partido para Italia después de la ceremonia, yendo á ocupar en Nápoles su puesto junto al duque de Narbona.

Me he llevado conmigo á mi pobre Cesarina hasta Mácon, á fin de consultar por su salud con los médicos de Lyon; se encuentra algo enferma: Dios parece que quiere mandarme algunas penas proporcionadas á mi felicidad. He encontrado igualmente á mi buena amiga, Mme. Paradis, mi segunda hermana en todos conceptos, muy enferma también. ¡Ah! he estado juto á ella más de quince días, cuidándola día y noche; la pobre no tenía tranquilidad, aparente á lo menos, sino al verme á su lado: ¡ha muer-

to en mis brazos! ¡Qué amiga tan santa he perdido en ella! Yo tuve la fortuna de inspirarle una fe y una resignación que ella no sentía como yo, al nacer la amistad que nos haunido; pero ha muerto en la esperanza y creo poder asegurarla en gracia de Dios. ¡Qué vacío ha dejado junto á mi semejante pérdida! Vivía en Mácon frente de mi casa, y al ver la menor señal de turbación ó de dolor en mi semblante, corría á mi lado á consolarme y compartir conmigo las penas. Al morir quería legarme toda su fortuna, pero yo no lo he consentido: únicamente y como recuerdo de amistad he consentido en admitir algo de lo que constituía su fortuna, que no era escasa. Consiste este recuerdo en una pequeña propiedad que poseía en Saint-Clement, al lado de la puerta de Mácon hoy en mi dominio.

Sin esta incomparable amiga, que buscaba mis tristezas y mis necesidades cuando yo las sufría por mis hijos, en el fondo de mi corazón; que se olvidaba de sí propia para venir en mi socorro y que hacía frecuentemente más de lo que podía, no sé muchas veces lo que hubiera sido de mí.

¡Ah! ¡que nuestro afecto dure y se eternice allá en el cielo como yo deseo! No dejaré pasar ni una noche ni una mañana sin rogar por ella, y cuando veré delante de mis ventanas, á la otra parte de la calle, aquella ventana cerrada para siempre, ó encuadrando otras caras, ¿cómo se partirá mi corazón de tristeza y de pesar, sino la entreveo á ella... allá en el cielol...

¡Cuánto debo yo á mis buenas amigas! Creo verdaderamente que la amistad es la forma visible de Dios. El mismo corazón divino parece entendernos,

hablarnos, comprendernos y abrirse, en el corazón de nuestros amigos. No he tenido privilegiados en ningún lance de mi vida; cuando me han sido arrebatados, no he creído jamás haberlos perdido, ¡tan presentes los tengo! Poseo ahora un cariño extraordinario á la joven y bellísima Mme. Delahante, sobre todo, y á pesar de la diferencia de edades, ella me ha tomado como á su segunda madre; la quiero como si fuera mi hija.

CXIII

Domingo, 16 de julio de 1820.

Hoy he sufrido mucho: unas mujeres del pueblo, dice que han oído decir, que los periódicos hablan del asesinato de Alfonso, en la carretera de Roma á Florencia. Estas buenas gentes han tenido la inocente crueldad de venir á repetir llorando esta noticia. Ignoro quién se ha cuidado de esconder á mis ojos los periódicos que explicaban esta especie de trágica aventura cuyo origen ignoraba. Por suerte he recibido esta mañana una carta del mismo Alfonso con fecha posterior al día en que se cuenta que el suceso tuvo lugar; esto me ha consolado un tanto, pero la sola idea de que el hecho haya podido ocurrir, me causa horror. ¿Qué hubiera sido de mí á no haber recibido la carta? ¿y cuántos rumores semejantes, impresos por los periodistas, afanosos de dar noticias sin calcular la transcendencia, habrán matado á otras madres? Espero, llena de ansiedad, otra carta, porque creo de continuo que debiendo reconocer este rumor algún fundamento, puede haber Alfonso ocultarme lo ocurrido.

Sé por su amigo, M. de Virieu, que él temía vol-

ver á ver en Italia á cierta persona que no le perdonaba el haberse casado; ¿tendrá esto relación con el lance que dicen haber ocurrido?

¡Que Dios le bendiga y proteja como yo deseo; que tiempo hace que á El le tengo encomendada su existencia!

CXIV

Otra vez en su retiro de Milly se encuentra la pobre madre, después de tantas agitaciones personales, triste y lamentándose continuamente del vacío que se va haciendo á su alrededor con los casamientos de sus hijas y el de su hijo. Luego siente haber de afligirse por esta causa, ya que semejantes ausencias son condiciones naturales que la misma felicidad impone.

Su hijo le da serias inquietudes porque se encuentra en medio de la revolución de Nápoles. Las agitaciones políticas de Francia, los odios de los partidos que se disputan ó arrancan el poder, la devuelven á sus consideraciones políticas. Estas agitaciones apasionadas, la hacen partidaria de la unidad, del poder y la disciplina silenciosa de una monarquía patriarcal, en la cual sueña. Damos aquí sus reflexiones sin juzgarlas. Un hijo, en religión y en política, podrá tener los sentimientos de su madre, pero no sus dogmas. El hijo, al crecer, no se alimenta como el niño, de la leche del ama ó de la madre, y sí del pan de los hombres ya formados.

Es imposible, sin embargo, reconocer que la unificación del poder, sea ésta conferida al pueblo en el sistema republicano, ó al rey en el monárquico, aparece más lógicamente útil á la sociedad, que

estos odios originados por el régimen constitucional, como ahora se llama.

Esta clase de gobierno siempre tiene en guerra los partidos, y la guerra no se concibe sin el odio, ese odio recíproco que es el elemento más funesto para una sociedad: este es en su fondo el pensamiento de aquella buena mujer, y madre cariñosa.

El odio es el extremo opuesto de la caridad; la caridad es Dios; entonces los gobiernos que constituyen los ciudadanos en estado de guerra permanentemente dejan de ser gobiernos según y conforme quiere Dios. A un instinto verdaderamente piadoso sólo esto se le puede contestar: es que la humanidad está tan mal organizada, que no hay que dar á escoger á los pueblos entre la paz y la libertad, porque es tan de origen divino la una como la otra; la libertad es tan divina como la paz.

*
*
*

Continuemos:

¿Qué clase de gobierno es este bajo el cual nos hallamos, y al que es preciso respetar, ya que es la voluntad del rey que así sea? Se me figura completamente opuesto á la paz y caridad que debe reinar entre los cristianos; pues no se ocupan sino de juzgarse unos á otros y de revelar todo lo que de malo pueden saber éstos de aquéllos, todo con el mayor ensañamiento. Bajo el pretexto del bien público, parece lícito todo esto y así se forja una conciencia, como se falsifica y se gasta el corazón más noble; ¡cómo son los hombres! por su desdichada naturaleza, atraídos á la malevolencia, lanzándose desenfrenados por el fatal precipicio y la sociedad resulta

de esta manera desconcertada; cualquiera se considera capaz, cualquiera se elige á sí mismo, levantándose los unos contra los otros, porque éstos les tienen miedo á aquéllos y aquéllos á éstos; cubiertos con la máscara de la dignidad hablan muchos en contra de lo mismo que sienten, y nadie se atreve á defender los ausentes torpemente ultrajados, por miedo á ser luego tratados como aquéllos, y así van introduciéndose en la sociedad las injusticias.

Yo que siento viva y dolorosamente todo esto, también me he gastado, y siento debilitado mi afecto; creo que es únicamente contra los malos, pero aquellos á quienes yo condeno se justifican igualmente por la misma creencia. ¡Dios mío! devolvedme mi paz, haced que yo no me mezcle en nada de lo que no deba, y que me separe, en cuanto dependa de mí, de las iniquidades de este siglo que han de ser necesariamente odiosas á vuestros ojos. Mi ideal político tiende únicamente á lo que quepa en mi religión; ésta me hace creer que el gobierno puramente monárquico es el mejor, porque es en él en el que vos, Dios mío, habéis dado el modelo al mundo, que aquellos á quienes bien quisisteis, como á los israelitas, de vos recibieron el encargo de formar un gobierno, cuando después de tanto sufrimiento os pidieron un rey que los gobernara.

Un rey concedido por Vos es absolutamente vuestra imagen, y debe por lo tanto conservar todo su prestigio y toda su autoridad: si este rey se asocia con su pueblo y se mezcla en las luchas que lo dividen, formando parte de ésta ó de la otra fracción, las pasiones se exaltan más y no cumplirá la

misión que de Vos ha recibido, porque la monarquía es una gran familia de la que el rey es el padre, y no es el padre sabio el que hace á cada uno de sus hijos juez de su propia conducta y de todas las razones causadas por todas y por cada una de sus obras, ¿quién le ha dado el derecho de condenarlo todo, de decirlo todo, escribirlo todo, ya sea contra su gobierno ya contra cada uno de sus hermanos, salvo empero el ser castigado si se equivoca? Lo repito: semejante padre no será nunca un hombre sabio y su conducta no estará en relación con las obras de Dios y con el dogma de la caridad. Ved en esto poco más ó menos la imagen de un gobierno constitucional. Pero, lo repito, nosotros debemos callar, respetar y rogar; porque lo que existe de peor y más censurable, es el hablar y obrar contra un gobierno constituido; porque al fin, el hombre puede conseguir su salvación en todas partes donde la mano de Dios le destine.

Mis reflexiones no deben tener por lo tanto otro objeto para mí, que el de no participar en un solo punto del mucho mal que se está haciendo en este momento. La política consiste en reflexionar mucho, y hoy se reflexiona tan poco como se puede.

Alfonso pasa el verano en una isla llamada Ischia, del golfo de Gaeta, de la que se hace descripciones deliciosas. Estoy muy inquieta por la salud de Cesarina, y por el casamiento de Susana, que cuenta ya cerca de veintiún años. En este momento bien pocas riquezas podemos ofrecer á sus pretendientes. ¿Qué mayor siqueza que las virtudes que atesora su corazón y la belleza incomparable de su rostro? Estas gracias naturales, emanadas de

Dios, son á mi entender lo suficiente para hacer feliz al hombre digno que la tome por esposa.

Tengo la costumbre de ir á la iglesia á oír misa todas las mañanas antes de apuntar el día: me parece que hago bien empezando con la aurora á sacrificar algo al barullo y los placeres del mundo, dando primero á Dios lo que es de Dios, sin dejar de dar luego al César lo que es del César. No ha dejado de ser para mí una mortificación el dejar así, en todos tiempos, la molicie del lecho y de la dulce temperatura de mi cuarto para ir á oír la que aquí llaman la misa de los pobres y de las criadas; pero ¿no somos todos por ventura pobres en la gracia de Dios, y servidores todos de nuestros padres primero, de nuestros maridos y de nuestros hijos después? Yo por mi parte me encuentro después de la misa altamente recompensada, por el recogimiento que experimento entre aquellas casi tinieblas, por el mayor fervor en mis oraciones, por la calma y por las fuerzas que me infunde para todo el día, el sentimiento de la presencia de Dios y del cumplimiento de mis deberes principales.

Mi gusto sería vivir en el retiro más absoluto, pero cuando pienso en que aun me quedan dos hijas solteras y en la conveniencia de tener que mezclarme por ellas en el mundo, lo suficiente, cuando menos, para que puedan encontrar un partido conveniente, se me figura que cumplo un sagrado deber, como es el de mirar por el bien de mis hijas, y esto me proporciona lo conformidad y la resignación que necesito.

CXIV

27 de Enero de 1821.

He recibido carta de Alfonso: me escribe desde

Roma y me dice que es completamente dichoso. Me ser este un lenguaje al que no me tenía acostumbrada por su parte, me hace creer que ello es verdad. Me manda al propio tiempo una cantidad para su pobre amigo, el abate Dumont, cura de Bussières, á quien ha querido él siempre mucho, y que está continuamente enfermo y pobre. Esta prueba de amistad venida de tan lejos y tratándose de un amigo que hubiera podido olvidar fácilmente desde las alturas de su actual bienestar y de sus distracciones, me ha causado una profunda alegría.

CXV

11 de Marzo de 1821.

¡Albricias! Creo poder casar muy cerca de aquí convenientemente y casi en familia, á mi bella Susana. M. de Montherot, uno de nuestros parientes, hombre de treinta y seis años, persona distinguidísima y de bella presencia, se ha enamorado de sus gracias durante una entrevista que indirectamente él mismo se ha procurado. No dudo que este casamiento nos hará dichosos á todos, tanto por las bellas cualidades del marido, como por ser vecino nuestro y ser probable que siempre estemos juntos. Sus propiedades están repartidas entre la Borgona y el Lyonesado; es muy posible que esto salga bien. Ni marido es también muy favorable á ello; Susana ignora aún ser el objeto de estas entrevistas y chicheos, pero es tan sencilla, tan pura y obediente, que no duda bajo ningún concepto de su conformidad, tan luego yo le hable del caso.

CXVI

11 de Marzo.

Las buenas noticias se aglomeran. Dios conceda

y da, por una parte, lo que por otra quita; démosle gracias por sus dones y sometémonos á sus negativas; acaba de nacerme un nietezuelo; la esposa de Alfonso ha dado á luz en Roma, con toda felicidad, un niño hermoso como un ángel, lo cual acaba de escribirme su padre, añadiendo que se llama como él, Alfonso, que ha sido bautizado en San Pedro de Roma, que fueron sus padrinos un caballero napolitano, llamado el marqués de Gagliati, y la princesa Oginska, polonesa y que nació el día 8. Esta noticia me ha proporcionado una grande alegría. Dicen que este niño se parece mucho á mí, así es que yo me lo represento como era su padre. Su madre ha empezado á criárselo; hace muy bien y ojalá pueda, como yo deseo, seguir adelante. Parece que están resueltos á venirse á pasar unos días en nuestra compañía, tan luego la madre se encuentre completamente restablecida.

CXVII

12 de Mayo de 1821.

Susana lo sabe todo: yo se lo he contado, pero ella, que tiene una penetración grande, ya se lo había presumido; ¡pobre hija mía! yo espero que Dios le enviará aquello que puede y debe darle la felicidad, teniendo en cuenta que su imaginación no está desbordada y posee un corazón angelical; ella se dedica á sus deberes sin la menor turbación ni inquietud, con una tranquilidad y una alegría que me tienen embelesada.

*
*
*

El *diario* queda aquí interrumpido por espacio de tres años. ¿Será que los cuadernos se habrán